

Cristianisme i Justícia

25 años

al servicio de la fe y la justicia

MANIFIESTO

Suplemento del Cuaderno núm. 144 de CiJ - (n. 181) - Diciembre, 2006
R. de Llúria 13, 08010 Barcelona - tel: 93 317 23 38, fax: 93 317 10 94
info@fespinal.com - www.fespinal.com

Hace veinticinco años nacia *Cristianisme i Justícia* para incorporarse a un itinerario de fe comprometido en la promoción de la justicia.

Pocos años antes un buen número de comunidades, grupos e instituciones eclesiales erigieron la alianza de la fe con la justicia en su seña de identidad más querida. Siguiendo la estela del concilio Vaticano II comprendieron la lucha por la justicia como exigencia de la fe y como parte integrante de la propia misión de la Iglesia. De este modo principiaron un camino que paso a paso se fue convirtiendo en calzada histórica del cristianismo en el siglo XX.

Este compromiso ha sido para nosotros un regalo de Dios maravilloso. Nos puso en la mejor de las compañías. Ciertamente, la del Señor Jesús. Pero también la de sus “hermanos más pequeños” (cf. Mt 25, 40) y la de sus compañeros comprometidos en favor de la justicia. Durante estos cinco lustros, peregrinos con ellos hacia el Reino, nos hemos sentido alentados por su fe, renovados por su esperanza y transformados por su amor solidario.

Como servidores inútiles de la misión de Cristo, nos hemos sentido enriquecidos al dejarnos afectar una y otra vez por «los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, especialmente de los pobres y afligidos» (GS 1).

A lo largo de estos años hemos intentado vivir atentos al carácter históricamente progresivo de la promoción de

la justicia, conforme íbamos afrontando las necesidades de un mundo complejo y sometido a cambios cada vez más acelerados.

Conversión de nuestra mirada

En todo ello quisiéramos que “*la mirada del otro*” siga siendo nuestra guía. La honradez con la realidad exige una conversión de nuestra mirada. Un movimiento sutil de nuestros ojos que nos lleve a ponernos en el punto de mira “del otro”, es decir, de las víctimas de la injusticia. *Mirarse y mirar con sus ojos*, ha hecho en nosotros una auténtica revolución epistemológica: la misma que experimentaron ayer Francisco de Asís y Bartolomé de las Casas, cuando la mirada de un leproso y la del indio les cambiaron respectivamente la vida.

En esa revolución epistemológica se percibe que los sacrosantos intereses de los ciudadanos de los países ricos funcionan como “la viga” en los ojos, que nos impide ver y conocer lo que está ahí delante (cf. Mt 7, 3). La búsqueda compulsiva de los incontables deseos que generamos, es la causa de esa pandemia de ceguera que padecemos y sobre la que ha alertado José Saramago.

La mirada del otro nos ayuda a percibir la verdad del modelo cultural de la modernización occidental. Más allá de las declaraciones formales acerca de la ciudadanía universal, el espacio social de la libertad padece hoy un proceso creciente de deterioro, el espacio de la igualdad se considera políticamente inviable y el de la solidaridad

se va achicando progresivamente. Esa mirada nos descubre que solamente seremos cabalmente libres, cuando asumamos la condición de guardián de nuestro hermano o de buen samaritano. Esa mirada nos asigna la irrenunciable tarea de socorrerles, arrancándonos del ensimismamiento que nos ciega. Hoy podemos confesar humildemente que esa mirada nos evangeliza porque nos “fuerza” a ver y pensar a la manera de Dios (cf. Mc 8, 27-35).

Con herramientas modestas

Guiados por esta luz, quisiéramos contribuir desde nuestra pobreza al cambio estructural en las áreas socioeconómica y política. Nos sabemos urgidos a trabajar por la paz y la reconciliación; y por el fin de toda discriminación por motivos de raza, religión, sexo, etnia o clase social. Nos oponemos tercamente a la pobreza y hambre crecientes del mundo, mientras la prosperidad material se concentra cada vez más en manos de unos pocos. Sentimos cómo se va agudizando y ampliando la conciencia colectiva de los derechos humanos.

En el último tramo de nuestro camino, hemos ido constatando que la misma actitud injusta del corazón humano va ampliando cada vez más los campos de lucha: la destrucción del planeta tierra, la amenaza de que culturas minoritarias y pueblos indígenas sean barridos por un falso viento globalizador, la intolerable desigualdad entre varón y mujer...

Todo ello hace que nos sintamos crecientemente interesados por un nue-

vo orden mundial, por una cultura de la vida y por el equilibrio ecológico y el uso sostenible y equitativo de los recursos mundiales. No nos resignamos a contemplar indiferentes la llegada de inmigrantes a nuestras costas, los cuales son sólo la punta de ese gran iceberg de más de 45 millones de personas refugiadas o desplazadas que hay en el mundo. Es lacerante la marginación de África en el nuevo orden mundial y su condición de continente paradigma de todos los marginados del mundo...

Estas situaciones son consecuencias de esa injusticia implantada en el corazón humano, que prefiere acaparar a compartir, y dominar a amar. Unidos a cuantos trabajan más en esos campos, pedimos a todos con el salmista y ante esa voz de Dios que clama desde todas las víctimas: “no endurezáis vuestro corazón”.

“La justicia que brota de la fe”

El camino recorrido es un auténtico viaje iniciático hacia la experiencia de la Justicia del Dios del Reino, que nos rehabilita para desearla abisalmente. Tenazmente hemos sido incitados a salir a su encuentro en el manantial evangélico del que brotan todas sus posibilidades y sus exigencias. También en este tiempo cargado de perplejidades.

Hoy *sabemos* de otra manera lo que ya *pensábamos* ayer. La promoción de la justicia brota de la fe y la va haciendo más profunda. La justicia que buscamos, tal y como se encuentra atestiguada en las Escrituras y en la mejor tradición eclesial, está íntimamente ligada a la fe en el Dios de Jesús de Nazaret. Transciende las no-

ciones de justicia provenientes de ideologías, filosofías o movimientos políticos particulares, que jamás podrán llegar a ser expresión adecuada de la justicia del Reino de Dios.

Cualquier proyecto histórico de lucha por la justicia no podrá abarcar plenamente a todas las víctimas de la miseria del mundo. Más aún, inevitablemente pagará su propia cuota a la injusticia, pues ninguna obra humana es capaz de traer consigo una justicia químicamente pura. Sólo la misericordia de Dios y su poder de resucitar muertos purificará la obra de manos humanas y hará justicia definitiva a las víctimas de la historia.

Proclamamos que la búsqueda de una justicia siempre mayor es una exigencia absoluta de la fe en el Dios del Reino. No pretendemos mantenerla como una ley o un nuevo imperativo moral. Más bien buscamos acogerla como una gracia del “amor de Dios que inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5). Pues nada hay más capaz de demandar justicia para los demás que la experiencia de la gratuidad del amor de Dios, que engendra a los seres humanos como hijos suyos y hermanos entre nosotros.

Imploramos la ayuda del Señor para no olvidarnos de vivir remitidos constantemente a ese don en nuestra tarea histórica y para no separar la promoción de la justicia de su más auténtica fuente: la fe.

Comprometidos con la justicia, cuyo fruto es la paz (Is. 32,17)

Queremos renovar nuestro compromiso agradecidos por la promoción de

esa justicia. Somos conscientes de que los tiempos que corren no son indulgentes, ni cultural, ni eclesialmente, con quienes pretenden conjugar el binomio cristianismo y justicia. Sin embargo no podemos renunciar a este empeño sin defraudar la vocación a la que fuimos llamados. Mañana, igual que ayer, la vigencia de un cristianismo comprometido con la causa de la justicia dependerá sobre todo de la existencia de biografías cristianas, individuales y colectivas, intempestivamente solícitas por una justicia siempre mayor, y comprometidas con la causa de la vida de los hombres y mujeres (y muy singularmente de los pobres), que es la gloria de Dios.

La memoria de la historia del cristianismo nos estimula a esperar -quizás contra toda esperanza histórica- que el Espíritu suscite un cristianismo así, beligerante con la injusticia. También en las condiciones adversas del presente el Espíritu sigue rehabilitando los deseos humanos y ajustándolos al deseo de Dios hasta darles el mismo objeto: que los pobres vivan. Porque creemos que en el Espíritu «Dios mismo llega a desear en el corazón de nuestro deseo», confiamos en la existencia futura de hombres y mujeres aprendices junto a Dios de los secretos de la “*economía del don*” (P. Ricoeur), habilitados espiritualmente para una entrega total como la que sólo Dios es capaz, y discípulos permanentes de Jesús de Nazaret, que desean abajarse hasta lo más profundo para dar vida.

La promoción de la justicia requiere ante todo nuestra propia y continua

conversión para encontrar a Cristo Jesús en la quiebra de nuestro mundo y vivir en solidaridad con los pobres y marginados, de modo que podamos asumir su causa bajo la bandera de la Cruz. Nuestra sensibilidad para con esta misión estará tanto más motivada cuanto más frecuente y directo sea nuestro contacto con los hermanos más pequeños del Señor. En su compañía esperamos caminar hacia una más plena integración de la promoción de la justicia en nuestra vida de fe, juntamente con otros hombres y mujeres de toda condición, que trabajan por hacer presente el Reino de Dios.

Conclusión

En años pasados hemos cantado muchas veces y profundamente convencidos que “*cuando el pobre nada tiene y reparte...*” (no necesariamente se arregla el mundo, pero sí que) “*va Dios mismo en nuestro mismo caminar*”. Esa preciosa letra no hacía más que reformular la enseñanza del Nuevo Testamento: “tenemos la audacia para buscar un nuevo acceso a Lo Sagrado, en la vida entregada de Jesús: un acceso que Él inauguró como camino nuevo y vivo, atravesando en su propia carne el velo” que nos separa de la Divinidad (cf. Hebreos 10, 19-20). Por eso queremos repetirnos con el autor de ese escrito: “¡Lleguémonos hasta ahí, con un corazón veraz y con plena convicción creyente, purificando nuestros corazones!”.

Cristianisme i Justícia
Noviembre, 2006